

Alberto Ramírez

## EN LA MUERTE DE MONSEÑOR TULIO BOTERO SALAZAR

Al atardecer del Domingo 1o. de Marzo murió inesperadamente en su retiro del Barrio de los Caunces, el inolvidable Arzobispo, Monseñor Tulio Botero Salazar, Pastor de esta Iglesia de Medellín durante casi 22 años. Su muerte aconteció verdaderamente en la paz del Señor. Todos los que estuvimos vinculados con él por los lazos de la noble amistad, paternal y fraternal, que nos brindó, y por los del ministerio eclesial que compartimos con él, repasamos en el corazón, con ocasión de su muerte, el sentido total de su vida y los pormenores de su historia, íntimamente ligada con la nuestra. Sus actitudes todas, de persona humana y de Pastor de nuestra Iglesia, son convertidas ahora, por la mirada integradora de nuestra fe, en una hermosa armonía, cuyo valor no ha sido decidido simplemente por nuestros sentimientos superficiales, sino por los designos amorosos de Dios.

Con una intensidad especial comprendemos ahora en relación con él lo que nos revela una mirada de fe en relación con toda historia personal humana. Comprendemos que, en el misterioso tejido de acontecimientos que hacen una vida humana, aparece desde Dios una admirable armonía, en la cual hasta las mismas discordancias son integradas en una hermosa obra. Para quien mira la vida desde Dios, cada persona con su obra se entreteje en la trama salvadora de la historia. Nuestra mirada de fe recoge ahora, con agradecimiento, la historia que escribió Monseñor Tulio.

## Su sensibilidad humana

Ninguna impresión más grata ha quedado de Monseñor Tulio entre nosotros, como la del admirable testimonio de su sensibilidad humana, que siempre nos hizo encontrar en él al amigo sincero, acogedor, incapaz de negar el valor grande o pequeño de las cualidades de cada persona y con gran capacidad, en cambio, para celebrar los triunfos y para alentar a cada cual en sus limitaciones. Verdadero sabor de sinceridad revelan sus palabras de despedida, para demostrar el sentido real de sus dificultades en la relación con todas las personas: "He tenido contradicciones con algunos: quiero expresarles que en mi afán pastoral, sólo ha primado un deseo: el del servicio a los más altos intereses de la Iglesia y, por ende, de Dios; que nunca me ha movido baja consideración de desafecto humano; que ellos han sido parte bien principal de mi afecto sincero y de mi deseo de comprensión y unidad de pensamiento y de acción, para el mejor servicio de nuestra vocación eclesial. Perdono a todos los que hayan querido ofenderme en alguna forma. Y esta es la hora de atestar, con todas las veras de mi alma, que no he querido nunca ofender a nadir, mucho menos a un sacerdote; que si alguno se ha considerado ofendido por mí, en razón del ejercicio pastoral o de mi actividad jerárquica, debe recapacitar y pensar que quizá ello se deba a las flaquezas humanas de que estamos revestidos todos, pero no a acto consciente y voluntario".

Cordial siempre, lleno de vida, alegre y optimista, nunca demostró tanto su riqueza humana como en el último tiempo de su vida humilde y retirada, cuando, después de hacer entrega del Ministerio Arzobispal a su sucesor, Monseñor Alfonso López Trujillo, con un ejemplar espíritu de fe, de cariño y de esperanza eclesial, se recluyó en su retiro modesto y silencioso que convirtió en la casa de todos: "Quisiera esculpir en el frontispicio de mi residencia, en los Barrios de Jesús, la conocida inscripción de la Ciudad de Siena: Las puertas de esta casa siempre estarán abiertas; pero más abiertas estarán aún las de mi corazón", escribió en su último mensaje pastoral de despedida. Y desde allí se dirigió, por razones de amistad o por solicitud pastoral, hacia todos los lugares de la Arquidiócesis y de fuera de ella, para dar innumerables muestras de su extraordinaria calidad humana.

## Su inquebrantable espíritu eclesial

De su espíritu eclesial inquebrantable dió testimonio Monseñor Tulio durante todo el tiempo que lo conocimos en el ejercicio de su Ministerio Episcopal. Fuimos testigos de su entusiasmo primero, cuando asumió el pastoreo de nuestra Iglesia: su deseo sincero de acertar en la misión, con una fidelidad incondicional al Espíritu de Jesucristo, lo llevó a

ofrecer un hermoso testimonio de pobreza personal y eclesial, que respondía a circunstancias históricas bien concretas, y que nunca deshizo en su vida. De su espíritu, así entrenado, surgieron todas las empresas de actualización pastoral de la Arquidiócesis pre-conciliar. Fuimos testigos también de su empeño no medido, en la época conciliar, por comprender y por traducir en el estilo de vida y en la acción pastoral, el inmenso contenido de riquezas que suscitó el Espíritu de Dios en el Concilio; en la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, para la cual ofreció con toda el alma como sede a la Arquidiócesis; y en la Conferencia de Puebla, en el último año de su ejercicio episcopal.

La gran acción eclesial, a la cual dedicó con amor todo su entusiasmo, sus energías y sus capacidades, y a la cual no podemos dejar de hacer referencia en razón de la parte que en ella tuvo la Facultad de Teología, fue el (III) Sínodo Pastoral Arquidiocesano. Todos los que fuimos llamados a colaborar en esta empresa, tuvimos siempre la impresión de que lo que surgía de toda la comunidad arquidiocesana era asumido con una gran confianza por el Arzobispo, como su propia obra, como la palabra del Espíritu de Dios, que recogida de la comunidad, era puesta como si fuera su propia palabra en sus labios. Más de una persona recuerda su conmovedora confesión, cuando en una de las Congregaciones Generales del Sínodo, decía: "Cuando el cisne está a punto de morir, canta su canto más hermoso".

La nobleza con la cual vivió su esperanza eclesial se plasmó en la forma como hizo la presentación de su sucesor a la comunidad arquidiocesana: "Me retiro de esta Sede, pero ella no que vacía; en ella sigue el Arzobispo, que es entidad permanente dentro de los planes administrativos de la Iglesia, cuando los hombres somos eminentemente transitorios. Es claro que cambia el nombre del Arzobispo, su nombre personal, pero no el jerárquico: éste es siempre el ARZOBISPO. Aquel es ahora Monseñor Alfonso López Trujillo... Obediencia, acatamiento, amor y sumisión a sus mandatos de Pastor, a sus orientaciones de Santificador y a sus enseñanzas de Maestro, son mi recomendación a los sacerdotes y fieles, en este momento".

Pero su espíritu eclesial se selló con el mejor de sus testimonios, cuando para su humilde retiro asumió como un don del Señor el de ser ante todo el Pastor de una pequeña comunidad de hermanos humildes, en los últimos días de su vida: "Dejaré en esta sede el báculo del pastoreo, pero no dejaré el amor que os tengo; lo llevaré conmigo siempre, y por el amor estaré pronto para el servicio. Espero seguir viviendo en el Barrio de los Caunces, en la casa de Barrios de Jesús, entre los pobres de bienes materiales, pero ricos en fe y en amor de Dios, Desde allí procuraré, en

armonía con el Señor Arzobispo, prestar mis servicios a la Iglesia, en la medida de mis capacidades". Hasta el último día de su vida dió pruebas de su espíritu pastoral y eclesial: rodeado de los niños de su barrio regresó a su residencia, el día de su muerte, después de celebrar la Eucaristía con su comunidad.

### Su interés por la Facultad de Teología

Para nuestra Facultad de Teología, la voz de aliento de Monseñor Tulio no faltó nunca. Las primeras iniciativas que condujeron a la creación de nuestra institución fueron acogidas por él con el entusiasmo de siempre: respaldó la formación de quienes deberían asumir el ministerio teológico; constituyó desde el principio un equipo de teólogos para hacer realidad este proyecto. Sus incontables encuentros con nosotros siempre subrayaban su solicitud por la Facultad y se inspiraban en el deseo de cumplir con el deber de su responsabilidad, que le correspondía en la realización de su misión pastoral. Desde las páginas de nuestra Revista queremos rendir un sentido homenaje de gratitud a quien estuvo tan vinculado con nuestra pequeña historia, la que engendró una obra que es fruto de la semilla que él sembró y que se comprende mejor desde el horizonte total de la historia pastoral que ocupó su vida.

No quisiéramos que pasara pronto el reconocimiento de los grandes valores humanos, cristianos y eclesiales que se hizo sentir de manera espontánea y conmovedora en los aplausos y el batir de pañuelos ante la procesión de su cadáver silencioso, en el día de sus funerales. Como lo sabemos ahora, porque así lo proclama la esperanza cristiana, esos valores han adquirido ya una significación definitiva en el misterio glorioso de la Resurrección del Señor.

---

*"El Viaje más largo es el viaje hacia adentro" (Dag Hammarskjöld).*